IV 1977

7 8 8

ТУ 19-32-73

1

3


ДИАФИЛЬМ

Э08—3—290

Испанский язык

E. Vasilevskaya

EL SOBRINO DEL TIGRE





Una vez, un gato a rayas vió en una lámina a un tigre.—«¡Fíjate,—se asombró,—pero si nos parecemos! ¡El tiene las orejas de punta y yo también. Los bigotes los tiene erizados y yo también. El es a rayas— y yo soy rayado!»



El gatito miró la lamina, le dio vuelta con la patita ya de una, ya de otra manera, después pensó y resolvió: «Bueno, pero si no soy un tigre verdadero, al menos seré su sobrino!»



Desde entonces se hizo muy presuntuoso. ¡No faltaba más! Si todos los gatos de la casa eran los gatos más ordinarios, y en nada se parecían a él, el gato a rayas, sobrino del tigre.



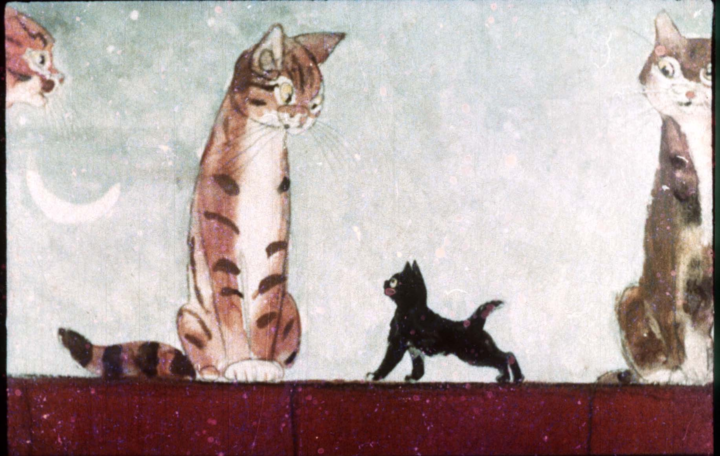
Cierta noche todos los gatos se reunieron en el techo, y hablaron cada uno de lo suyo.



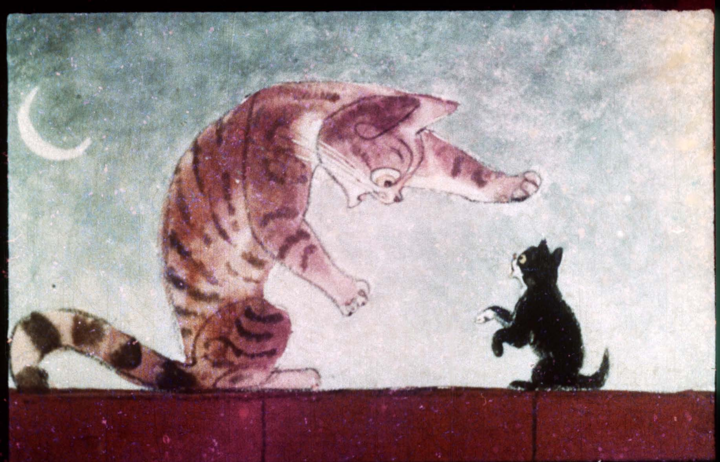
Una gata blanca acordóse de la rica leche que había tomado,—la interrumpió el rayado.



Un gato pelirrojo, cazador, quiso contar sus andanzas,—y a éste interrumpió el gato a rayas. A nadie cede la palabra mientas afirma constantemente: ¡«Mi tío es un tigre!.. ¡Yo con mi tío, el tigre!.. Nos dedicamos a la caza mayor! Yo y él...»



Pero aquí, un gatito negro que vivía con su mama en el tercer piso, no pudo contener más la curiosidad y a pesar de la enorme timidez ante el rayado, le preguntó: «¿Qué aspecto tiene tu tío, el tigre?» 8



—¡Oh!..—con aire de importancia contestó el rayado.—¡Mi tío el tigre es el más grande, el más hermoso y el más hábil de todas las fieras!— Entonces el gatito negro tomó valor y le hizo una pregunta más:



¿Y dónde vive? ¿No podríamos conocerlo?—Mas el mismo rayado no sabía donde vivía el tigre. Ya que lo había visto solamente en una lámina.



Se hubiese sentido en un aprieto el rayado si no lo sacara del apuro el gato pelirrojo. Este era un cazador de verdad y conocía todas las callejuelas de los alrededores.—«¡El tigre vive en el zoológico!—gritó.— Allí está lleno de diferentes fieras, grandes y pequeñas...



Especialmente hay muchos gorriones. Hace tiempo que quiero ir allá a cazar. Vayamos juntos. ¡Veremos al tigre, y a la vez cazaré un poquito!»—dijo el gato pelirrojo.



A la mañana siguiente muy tempranito los gatos emprendieron el camino. Recorrieron tres tejados, dieron la vuelta a dos casas y por un agujero en el cercado penetraron en el zoológico.



—«Entra primero,—dijo el gato pelirrojo al rayado.—tú mejor que nosotros sabes como es tu tio».—«¡Por supuesto!—contestó el rayado.— Es el más grande, el más hermoso y el más hábil de todas las fieras. ¡Adelante!»



—¡Párense! ¡Miren!—gritó de repente el gatito negro.—Quién es el que sale del agua? ¡Oh! ¡Qué gordo es! ¡Qué panza tiene, casi la arrastra por el suelo! ¿Seguramente será tu tío, el tigre?



—¿Ese pedazote de grasa?—dijo ofendido el rayado. ¿Estás mal? !Acaso no ves que tiene el pellejo liso, y nosotros los tigres somos todos a rayas! ¡Vamos!



Los gatos siguen su camino. En eso el gato pelirrojo se detiene.— «Fíjense,—dice,—qué fiera se ve alla tras los árboles».—Los gatos miraron y vieron cuatro patas y una cola con una barbita negra en el extremo.


Levantaron la vista y vieron un cuello largo-requetelargo.


Levantaron aún más la vista, y el cuello no terminaba.



Los gatos alzaron las cabezas todavía más alto y vieron por sobre las cimas de los árboles sobresalir dos cuernitos.



—¡Qué estiron que dió!—dijo el gato pelirrojo.—¿No es éste, por casualidad tu pariente el tigre?



—¡No faltaba más!—refunfuñó el rayado.—¡Esta fiera ni siquiera tiene garras, sino que unas pobres pezunas! ¡Vamos!



Los gatos siguen su camino por una alameda, doblan a la derecha, a la izquierda, miran y ven frente a ellos, parada en una jáula, a una fiera. Tiene los bigotes erizados, y es completamente a rayas. 23



—¡Este es, mi tío el tigre!—gritó el gato rayado. Los gatos se sentaron a un lado y se pusieron a esperar. El rayado se dirigió directamente a la jáula. A medida que se acercaba, se iba sintiendo incómodo: su tío le resultó enorme y de aspecto amenazante.



Se acercó más, y del miedo ni sentía sus patitas. Mientras que el tigre le clavó sus enormes ojazos amarillos.—«Buenas, tío tigre,—apenas pudo pronunciar nl gato.—Yo...»,—el susto lo enmudeció.



El tigre dió un coletazo, abrió la boca, cuando de repente algo comenzó a zumbar, a retumbar, como si por la calzada rodaran barriles vacios, como si tronara, como si...



Los gatos saltaron, y se echaron a correr sin poner los pies en el suelo—quien más rápido. Y la gata blanca, y la gris, y la negra con su gatito negro y el gato pelirrojo.



Y a la cabeza corría más velozmente aún el sobrino del tigre. Del miedo no alcanzó a oír lo que le había dicho el tigre.



Y éste había dicho, nada más ni nada menos que: ¡Saluuuuuuuuuud!


FIN